

entre las innumerables que he visto hoy en varios templos; pero recuerdo mi promesa de ser muy sóbrio en enumeraciones de obras artísticas, y paso á otra cosa, no sin recomendar á los viajeros, que visiten detenidamente todas las iglesias de Siena, así como el *Istituto delle Belle-Arti*.

De camino verán en la iglesia de *Fonte Giusta*, entre los *ex-voto* que adornan un altar, un machete indio, un escudo de armas y un enorme bigote de ballena, regalados por Cristóbal Colon cuando regresó por primera vez del Nuevo-Mundo.

Por último, en Siena deben ser visitadas la famosa *Universidad*, que data de 1203, y la *Biblioteca pública*, donde se enseñan algunas *cartas dictadas* por Santa Catalina; pues es un hecho probado que la insigne autora del *Diálogo con el Padre Eterno* no sabía escribir.

Pero se hace de noche.

La nieve ha fatigado al viento y cae sosegadamente sobre la tierra.

Nuestros preparativos de viaje terminan ahora mismo. La silla de posta está dispuesta en el correo, esperando á que demos la orden de enganchar á la hora en que se nos antoje, por desusada que sea.—Así lo hemos convenido con el maestro de postas, no sin procurar hacerle creer que partiremos mañana muy temprano.

Lo que menos puede figurarse nadie es que nosotros, despues de haber pasado el día vagando por Siena, pensemos en emprender nuestra marcha con una noche tan espantosa...—Y sin embargo, este es nuestro plan.

Para llevarlo á cabo con la menor molestia posible, nos hemos comprado largos gabanes y altas botas de pieles; hemos dispuesto un aparato para tener luz dentro del coche, y hemos llenado de provisiones de boca una mas que mediana cesta de mimbres.—De esta manera, á eso de las once, cuando menos pueda imaginárselo la policía de los bandidos (pues los bandidos tienen en Siena su policía, que les avisa con antelación á qué hora salen viajeros para Roma, y á qué hora podrán pasar por los bosques de Bolsena); á eso de las once, digo, cuando todo el mundo dormirá en la ciudad y los caminos estarán custodiados por la nieve, nosotros mismos iremos al correo, despertaremos al postillon, le mandaremos enganchar, y el ruido del carruaje será la primera noticia que tendrán los sieneses de mal vivir de que han volado los pájaros que creían tan seguros en el hotel del *Aquila Nera*.

Y no vayais á creer, vosotros los que me leéis, que al tomar estas precauciones calumniamos á los italianos, pareciéndonos á los ingleses y franceses que, cuando viajan por España, ven un bandido en cada pobre hombre ó en cada palo de telégrafo...—En nuestro miedo no hay poesía ni exageracion alguna. El dueño del hotel y el administrador de correos nos han aconsejado la mayor prudencia y nos han referido mas de veinte robos que han tenido lugar este mes desde Siena hasta Viterbo...—Pero ¿qué mas? esta misma tarde, cuando estábamos ajustando la silla de posta, hemos encontrado á un correo de gabinete, español por mas señas, que acababa de llegar de Roma en aquel instante, y que ya ha se-

guido su marcha hácia París, el cual nos ha dicho que ha hecho este viaje por tierra contra todo el torrente de su gusto, á causa de estar agitadoísimo el mar Tirreno; que ayer ha encontrado una diligencia robada cerca de *Montefiascone*; que en la expedicion anterior le robaron á él en *Acquapendente*; que ni en los caminos ni en la frontera romana se encuentra un solo gendarme, y en fin, que procuremos viajar á horas desusadas y sin previo aviso á los maestros de postas...

(Permitidme consignar aquí, para que no se me olvide, que puede escribirse una interesantísima novela titulada el *Correo de Gabinete*.)

Con que ya veis que los bandidos, y si no los *bandidos* (pues ya no los hay *poéticos* en la Italia central) al menos los *prosáicos ladrones* que tememos, tienen una existencia real y corpórea... y que nuestras precauciones no son nada quijotescas.

Hechas estas salvedades, partamos.

¿Y las hermosas sienesas? me preguntareis.

Es verdad: se me habia olvidado decir que, con motivo de la nieve, me voy de Siena sin haber visto una sola mujer digna de estudio en ventana, balcon, calle ni iglesia.

En cuanto á las domésticas arrecidas y rebujadas que han andado hoy por la calle, tenían la nariz demasiado purpurada por el frio para que yo reparase en ellas.

¿Quién se para á mirar á una mujer que lleva la basquiña sobre la cabeza, cubierta toda de nieve, con los pies llenos de lodo y las manos hinchadas de sabañones?

Estamos en camino.

La silla de posta rueda toda la noche sobre un blando tapiz de nieve, por un pais montuoso.

De hora en hora paramos en alguna aldea.

El postillon aparece entonces á la portezuela del carruaje, con su sombrero galoneado, su trágica barba, su casaquilla medio militar y su corneta de cobre, y nos pide la *buona-mano* (las aguetas, la propina).

Entre tanto, otro nuevo postillon sale de la casa de postas, asombrado de que se viaje á una hora y con un tiempo semejantes, y nos propone que pasemos allí la noche.

Nosotros insistimos en marchar en seguida, y apelamos al Reglamento de reales postas.

El postillon nos da *escelencia* (Dios se lo pague); nos suplica que no nos incomodemos; engancha nuevos caballos, y partimos.

Cinco minutos despues de mudar cada tiro, notamos que andamos poco y hasta que el coche se para á veces.

—¿Qué es eso, postillon? preguntamos.

—*Non si può andare con questa neve...*

—No hagás caso de la nieve, y te daremos *tre paoli* mas de *buona-mano*.

—*Grazie tante, eccellenza*, contesta el postillon.

Y los caballos arrancan al galope, como si hubieran comprendido el diálogo.

De esta manera hemos pasado por *Monterone*, *Buonconvento* y *Torrenieri*.

Al cruzar por delante del ruinoso castillo de *Buonconvento*, he recordado que en él murió Enrique VII, emperador de Alemania, envenenado con una Hostia por un fraile güelfo, y la terrible carta que Dante escribió cuando lo supo.

—Dicha carta ocasionó, como todo el mundo sabe, el destierro del poeta.

En *Poderina*, donde se muda tiro, nos despierta el postillon y reparamos en que principia á amanecer.

Ya no nieva. El pais que se descubre á nuestros ojos es sumamente árido. Por todas partes se advierten huellas de antiguos volcanes y de horribles terremotos. Rocas feisimas erizan los accidentes del terreno. Ni una habitacion, ni señales de cultivo por ningun lado. Entramos en la region asolada por la *malaria* ó *aria cattiva*.

La *malaria* es una enfermedad endémica de varios puntos del Oeste de Italia, procedente de los muchos pantanos y lagunas que se encuentran á cada paso. Esta enfermedad consiste en una fiebre intermitente y muy maligna, que ha acabado por despoblar estensisimas comarcas. La *malaria* reina desde la primavera hasta mediados de otoño. Las pobres gentes á quienes la dura necesidad obliga á desafiar el tremendo azote y que viven en pueblecillos situados sobre el camino que seguimos, parecen almas en pena, ó mas bien cadáveres ambulantes. ¡Qué lúgubres miradas las de aquellos hundidos ojos negros! ¡Qué palidez sepulcral! ¡Qué horrible demacracion!

Dentro de pocas horas empezaremos á ver á lo lejos algunas ruinas, ó el mapa nos indicará los sitios y los antiguos nombres de muchas famosas ciudades que ya no existen... La *malaria* acabó con sus habitantes, y la soledad y el tiempo se han encargado de talar sus campos.

La estacion en que nos hallamos es la única saludable en este pais, y sin embargo, apenas encontramos algunos arrieros que parecen españoles, envueltos en sus capas y caminando lentamente detrás de perezosos asnos.

La gente de los citados pueblecillos usa unas capas coloradas y unos altos sombreros puntiagudos, que unidos á sus crecidas barbas, les dan un aire muy marcado de personajes de melodrama. La miseria, la barbarie y el aislamiento añaden sus tétricos perfiles á estas melancólicas figuras y á sus pobrisimas viviendas.

Dentro de los mismos pantanos que producen la peste, vemos éntre los juncos algunos hombres desarrapados y de espantosa fisonomía, montados en grandes caballos, no menos fatidicos que ellos. Estos hombres van armados de una larguísima garrocha, con la cual tantean el terreno y gobiernan y dirigen numerosas piaras de búfalos que se revuelcan en las aguas corrompidas.

El contorno que dibujan sobre el cielo estos solitarios ginetes, llega á tomar proporciones tan fantásticas, que se dejan atrás todo lo inventado por los poetas de Alemania en punto á caballeros infernales.

Contra lo que nosotros esperábamos y contra lo que nos prometieron en la administracion de postas de Siena, resulta, segun los cálculos de los postillones, que no podremos llegar hoy á Roma antes de que oscurezca, sino despues de la media noche. Esto no nos conviene de ningun modo; por lo cual hemos resuelto contentarnos con ir á dormir á Vitervo, ciudad importante, que solo dista ocho horas de las murallas de Roma.

Con todo, hemos andado tan poco hasta ahora, á causa del mal estado de los caminos, que tendremos que correr hoy muchísimo á fin de pasar de dia por los bosques de Bolsena, infestados siempre de ladrones, segun dejamos apuntado.

Afortunadamente, el carruaje no puede ser mas cómodo ni las provisiones del cesto de mimbres mas socorridas contra el aburrimiento. El vino es el antidoto natural del frio y de la tristeza, y Caballero y yo no hemos agotado todavía el tesoro de nuestros recuerdos. Bebemos, pues, y hablamos para entretener el ocio, en tanto que Jussuf explora el camino con sus ojos de león, buscando los anunciados salteadores;—y de esta manera, creedme, no lo pasamos del todo mal.

Poco despues del mediodia dejamos atrás á *Radicofani*, última aldea de la Toscana, y á eso de la una llegamos á *Ponte-Centeno*.—Entre uno y otro pueblo se encontraba antes la frontera de los Estados Pontificios; pero, desde hace algunos meses, se halla un poco mas abajo.

A las tres nos encontramos en la villa de *Acquapendente*, llamada así de las muchas cascadas que hay en sus cercanías.

El terreno ofrece cada vez mas caracteres volcánicos.

A las cuatro llegamos á *San Lorenzo Nuovo*, aldea construida por Pio VI para albergar á los habitantes de *San Lorenzo Vecchio* ó *Rovinato* (arruinado), á quienes la *malaria* habia obligado á abandonar sus hogares.

Desde aquí descubrimos á nuestros pies el pintoresco *Lago de Bolsena*, redondo, de unas tres leguas de diámetro, cercado de rocas volcánicas y de una frondosísima comarca cubierta de colosales encinas. En medio del lago se ven dos pequeñas islas, tapizadas tambien de una rica vegetacion. Finalmente, en la margen oriental se asienta una pobre aldea, que da su nombre ó se lo debe al lago.

Esta region, á pesar de su riente aspecto y de su feracidad, se halla tambien deshabitada. La pobre aldea de *Bolsena* es el resto de la antigua, floreciente ciudad de *Vulsinii*, una de las mas renombradas entre las etruscas, y los 1,500 infortunados que hoy la habitan tienen que abandonarla todos los años durante los ocho meses que reina el *aria cattiva*. El Lago no es otra cosa que el lugar que ocupó no se sabe cuándo el anchísimo cráter de un volcan, y la evaporacion de sus aguas envenena el ambiente que se respira en este mentido oasis.

A la parte occidental del Lago se estiende un pais, que nosotros descubrimos vagamente, sembrado todo de cadáveres insepultos de poderosas ciudades. Allí existieron *Saturnia*, *Sovana*, *Toscanello*, *Vulci*... y otras muchas mas,

de las cuales solo quedan algunos cimientos ciclopeos de templos y viviendas, trozos de colosales columnas de basalto, y la formidable raiz de estensísimas murallas que debieron de competir con las de la antigua Babilonia.

Cerca ya del oscurecer, nos encontramos á las orillas del Bolsena, mudando tiro en la aldea del mismo nombre.

Nueva consulta. ¿Seguiremos adelante?

A las puertas mismas de la aldea principia un temido bosque de encinas, aclarado á derecha é izquierda, á causa de los bandidos que se ocultaban en él para atacar á los viajeros...

—Hace tres dias, añade el maestro de postas, han robado á un comandante francés media hora antes de llegar á Bolsena, cuando ya se creia libre del maldito bosque.

¡Comandante! ¡y francés! ¡y robado á pesar de todo!—Esto merece pensarse.

Una idea mia nos saca al fin de la perplejidad.

—Diga usted, le pregunto al maestro de postas: y esos bandidos ¿matan á los viajeros, ó los roban solamente?

—¡Oh!... no hacen mas que robarlos. En ese punto, descuide usted.

—Entonces, partamos, le digo á Caballero: Tengo una idea.

Media hora despues entramos en el famoso bosque, á la luz del farol del carruaje.

Algunas veces nos alumbra tambien la luna, abriéndose paso al través de las nubes y de las ramas.

—Jussuf, dame el cuchillo, le digo entonces al moro.

—¿Para qué? me pregunta Caballero, creyendo que *mi idea* no es sino una repeticion de la que se le ocurrió á Jussuf en el hotel del Arno.

Yo no contesto: tomo el puñal que me alarga Jussuf; rasgo con él una especie de bolsillo dentro de un pliegue del recio damasco que reviste toda la silla; meto allí la mano; aparto las estopas que forman el relleno; pido á Caballero el reloj, la cartera y el dinero, menos una insignificante cantidad; reúnolo todo con mi reloj, mi dinero y mis cartas de crédito, quedándome tambien con algunos escudos en el bolsillo; escondo nuestro tesoro bajo las estopas; nivelo el sitio; vuelvo á plegar el damasco; me convenzo de que es imposible dar con el escondite; abro la portezuela del coche... y arrojo el puñal en medio del camino.

Caballero, que ha ido aprobando todas mis operaciones, comprende la filosofia de este último rasgo, y me aplaude.

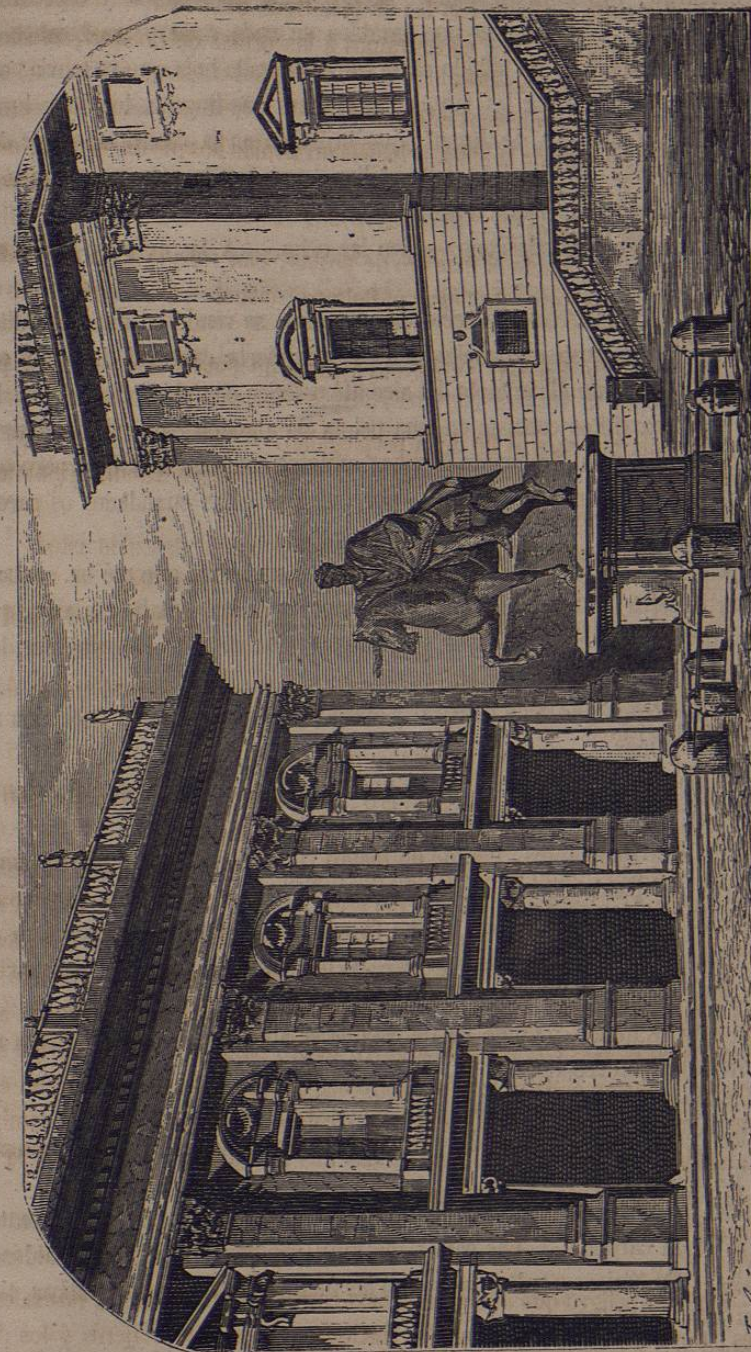
Jussuf me mira estupefacto.

Yo le digo:

—El único peligro que ahora podíamos correr, era tu puñal. Si nos salen ladrones, nos dejaremos robar nuestro modesto equipaje de viajeros y los duros que llevamos en el bolsillo...—Mañana nos equiparemos en Roma.

Desgraciadamente para el cuchillo de Jussuf y para el damasco de la silla de posta, todas estas precauciones han sido inútiles: dos horas despues estamos

fuera del bosque, en pais despejado y corriendo alegremente hácia Montefiasco-



El Capitolio.—Roma.

ne.—Allí compraremos algunos frascos del famoso mosto del mismo apellido, á fin de celebrar esta noche en Viterbo (en donde pensamos cenar mucho y dor-

mir poco) nuestro heroico paso por las encinas de Bolsena y nuestra fortuna de no haber encontrado un solo *brigante*.

Sin embargo, yo recordaré siempre las dos horas de emocion y expectativa que acabo de pasar, creyendo ver una carabina en cada rama y un hombre en cada tronco; creyendo oír un silbido en el rumor de cada hoja que se movía; engañado á cada momento por las fantásticas visiones que finge la luz de la luna; entusiasmado con los ojos de Jussuf, que brillaban en la oscuridad como dos ascuas, y divertido con el miedo del postillon, que á cada momento paraba el carruaje haciéndonos temer que *aquello* habia llegado.

Pero cátanos en Montefiascone. — Son las ocho. — A las nueve y media estaremos en Viterbo.

El vino de Montefiascone, especie de moscatel, se vende en unos barrilitos *sui generis*, cuyo angostísimo cuello contiene una cierta cantidad de aceite *surnatante*, que impide el contacto del aire atmosférico con el precioso licor. El tapon de estos barrilitos consiste en una pelota de algodón, que despues sirve para absorber el aceite. En cuanto al vino, es dulce como un bálsamo, pero *generoso* y *traidor* á un mismo tiempo, —por mas que estas cualidades os parezcan contradictorias.

Y á propósito, no he podido comprender bien una cosa que me ha contado el tabernero acerca de un obispo de Montefiascone y de un epitafio en latin, que han dado lugar á que el tal bálsamo se llame por mucha gente... (¡singular denominacion!) vino de *Est Est Est*.

Porque *Montefiascone* tiene catedral y obispo, á pesar de que su poblacion no llega á 5,000 almas.

Y esto me recuerda que desde hace una hora estamos en los actuales dominios del Papa, ó sea en el Patrimonio de San Pedro.

No os lo he avisado antes, porque no hemos conocido en nada que pasáramos una frontera, ni puedo decir á punto fijo cuándo hemos dejado los Estados de Victor Manuel y penetrado en los de Pio IX. — Solo sé que Bolsena es *reino de Italia* y Montefiascone *ciudad pontificia*. — Ni nadie nos ha pedido el pasaporte, ni nadie se ha metido en averiguar de qué se compone nuestro equipaje.

Todo esto es lógico. ¿Cómo ha de establecer aduanas la corte de Roma en una frontera que no reconoce?

Las nueve. — A lo lejos brillan algunas luces. — Es *Viterbo*.

En las cercanías de la ciudad y á los dos lados del camino, hay hermosas quintas y riquísimas huertas.

Viterbo es capital de la *Delegacion* del mismo nombre, y por consiguiente, residencia de un cardenal. — Las calles son muy pendientes y están embaldosadas de lava. — Su gótica catedral, asi como las fuentes de sus plazas públicas, tienen fama entre los artistas...

Nosotros nos contentamos con saber *por erudicion* todas estas cosas, y tomamos el camino del *Albergo del Aquila Nera*, de donde saldremos mañana antes que sea de día.

De los 14,000 habitantes que encierra Viterbo, no encontramos ni uno solo en la calle; y eso que apenas serán las nueve y media de la noche. — Las tiendas están cerradas. El alumbrado público, si lo hay, ha echado sin duda cuentas con los buenos oficios de la luna, y duerme tambien profundamente. — Pero el caso es que la luna ha hecho otro tanto, dejando á las nubes el cuidado de entenderse con los hombres. — Con todo, de tiempo en tiempo, la casta deidad entreabre los ojos y los fija en algun negruzco palacio, cuyas ventanas de cristales se sonrien agradecidas... despues de lo cual vuelven todos á dormirse... Y la silla de posta sigue trepando dificultosamente por las empinadas calles de la ciudad teocrática... y yo pienso con la mayor seriedad, ora en la piadosa *condesa Matilde*, ora en la bellísima Galiana, á quien muchos han llamado la Elena del siglo XII.

Asi llegamos al *Albergo*, en donde cenamos bajo los auspicios del *Montefiascone* y damos algun descanso al pobre cuerpo, á pesar de los grandes gritos con que esclama el alma:

— ¡Estamos á la vista de Roma! ¡Despiértate, corazon!